

AMÉRICA LATINA EN LA DISYUNTIVA ENTRE LA INTEGRACIÓN REGIONAL Y EL DESARROLLO NACIONAL

Marcela V. Díaz*

Procuraremos indagar en este trabajo la construcción de identidades sociales, a través de la compleja relación que se da entre intereses nacionales y regionales, entre nación y región, en el espacio del MERCOSUR. La tensión entre estos dos conceptos no es privativa de este bloque regional (está en la base de todos los proyectos de integración, y reproduce la tensión entre intereses particulares y generales también en el interior de los Estados), pero tal vez sea en la actual coyuntura cuando se dan las condiciones para que esta aflore con más claridad.

Nuestro trabajo concibe a toda identidad como una construcción diferencial, histórica, marcada por la inestabilidad, que carece de un fundamento estable que la sostenga. Con relación a esto también compartimos la definición de nación que aporta Benedict Anderson como "comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana"¹. Es *imaginada* porque la comunión de sus integrantes es una construcción ficcional; es *limitada* porque todas presentan "fronteras finitas, aunque elásticas, más allá de las cuales se encuentran otras naciones"; es *soberana* porque las naciones sueñan con ser libres; es *comunidad* porque independientemente de las desigualdades y la explotación, "la nación se concibe siempre como un compañerismo profundo, horizontal". Así, desde la perspectiva de

1 Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 23.

* Profesora de Historia (FFyL-UBA). Magister en Análisis del Discurso (FFyL-UBA). Investigadora del CEINLADI (FCE-UBA). Una versión previa de este trabajo fue presentado en el III Congreso Interocéánico de Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Argentina, octubre de 2007.

Anderson, esa unidad que representa la nación, que ha sido la base de la construcción de los Estados en la modernidad, es siempre imaginaria y se apoya sobre construcciones simbólicas. La arquitectura de esa comunidad imaginada, la forma en que la nación asume en cada circunstancia histórica y los contenidos específicos que la representan dependen de determinadas relaciones de poder que producen, en el sentido de Foucault, efectos de verdad.

A su vez, podríamos concebir a la nación, en el momento de su constitución (no ya cuando se sedimenta en las narraciones que construyen retrospectivamente un origen), como pensamos cualquier otra identidad plural, como un nombre que articula demandas diferenciadas en el sentido de los análisis de Ernesto Laclau². Ese movimiento topológico no es un mero aditamento retórico a una realidad que preexiste, sino que es el espacio de constitución de las identidades políticas. El significante vacío que actúa como un puro nombre, sin contenidos referenciales estables, unifica demandas heterogéneas. Su importancia resulta de la falla estructural del proceso de significación que no es nunca completo. La presencia discursiva de estos significantes vacíos no deriva de ambigüedades contingentes de sentido, sino de la necesidad de representar la falta (la plenitud ausente de la estructura; el hecho de que el universal no tiene cuerpo ni contenido necesario). Laclau sostiene la radical indecibilidad de toda estructura (es decir de toda identidad compleja constituida por una pluralidad de momentos). La unidad de cualquier grupo es resultado de una articulación de demandas diferenciadas. Para que surja una identidad popular, una demanda, sin dejar de ser particular, asume la representación de una totalidad inalcanzable, pero necesaria para constituir un proceso de significación.

Pero, y esto resulta muy importante para nuestro análisis, para que las demandas particulares puedan tomar forma de totalidad necesitan constituir un límite que solo puede darse a través de la exclusión de algo que la totalidad expulsa de sí misma. Solo a través del establecimiento de esa frontera interna la pluralidad de demandas se homologa. Es este elemento excluido, en oposición al cual las diferencias se aúnan circunstancialmente, lo que permite poner en marcha una cadena equivalencial (construida sobre la negación de lo excluido). De ese modo toda identidad es un sitio de tensión entre

2 Cf. Ernesto Laclau, *Emancipación y diferencia*, Buenos Aires, Ariel, 1996 y Ernesto Laclau, *La razón populista*, Buenos Aires, FCE, 2005.

la lógica de la equivalencia y la lógica de la diferencia. Para Laclau cuando una demanda particular pasa a ser portadora de una significación universal que la excede se da una operación hegemónica; en tanto esta demanda hegemónica sigue siendo una particularidad y representa una ausencia, es siempre inestable y está penetrada de una constitutiva ambigüedad. Para que esta diferencia pueda ocupar el lugar de la plenitud ausente es preciso que sea investida afectivamente. Es lo que ocurre con el fenómeno del populismo para Laclau. Frente a las posturas que le asignan a este tipo de movimientos connotaciones despectivas, para él constituye la relación política por excelencia, aquella que permite definir la unidad del grupo, aun cuando los contenidos de la demanda hegemónica no pueden determinarse de antemano. La imprecisión del populismo, para Laclau, no implica inmadurez o irracionalidad, sino que es la condición, dado el carácter heterogéneo de la realidad social, que le permite construir significados políticos relevantes.

Este marco teórico que hemos desarrollado someramente nos brinda elementos para analizar el tema que nos ocupa que es esta construcción de identidades plurales siempre en tensión: las distintas construcciones nacionales, en el caso argentino, o los conflictos entre intereses nacionales y regionales en el MERCOSUR.

Oscilaciones del nombre "nación" en la Argentina de las últimas décadas

Con referencia al primer punto, advertimos que las transformaciones sobre lo que se concibió como nación en la Argentina han sido profundas en las últimas décadas. El Proceso militar, que gobernó entre 1976 y 1983, llevó al máximo el dispositivo de nación sin pueblo, enfrentada a un enemigo externo (Chile, su par en el continente) que pretendía arrebatarle sus recursos y con quien competía por la ocupación de las fronteras. Paradójicamente, mientras forzaba, en nombre de una tradición que concebía como sustento permanente de la nación, a la confrontación externa (hasta el extremo de la aventura de Malvinas) e interna (contra lo que había definido como enemigo interno), desmontaba la estructura productiva nacional, consolidada a través de largos años de industrialización por sustitución de importaciones y de expectativas de desarrollo sostenido. Así, la renuncia a la industrialización, la apertura a la importación

masiva de productos del exterior, la especulación financiera y el endeudamiento que alienaba la soberanía desarticulaban las bases sobre las que se había construido la nación desde mediados del siglo XX. El Proceso militar buscaba una nación aunada sobre la homogeneidad ideológica y la sumisión al autoritarismo, asentada sobre un territorio del que destacaban la feracidad de su suelo y la generosidad de sus recursos (lo que reforzaba el *laissez faire* propio del liberalismo), y un Estado policial que renunciaba a cualquier voluntad política salvo la de resguardar, mediante la violencia más atroz, esa pureza imaginaria.

Si el retorno a la democracia permitió erigir temporariamente al “pueblo” como sujeto de derecho y al Estado como tercero simbólico capaz de imponer el lugar de la ley, la crisis de la deuda externa y las imposiciones de los acreedores internacionales drenaron las capacidades soberanas y pusieron de manifiesto las enormes fisuras de un cuerpo social fraccionado por la experiencia de la dictadura, no solo como resultado de terrorismo de Estado sino por la adopción, durante esos años, del modelo de acumulación fundado en la valorización financiera³.

El ciclo neoliberal de los noventa terminó, a su vez, de desmontar la estructura del Estado nación. El país quedó librado al capital privado transnacional y a la lógica del mercado que además de agudizar hasta el extremo las desigualdades y la exclusión, dislocaban su infraestructura interna, es decir, los mismos lazos entre las provincias. La nación carecía de moneda propia (ya que la ley de convertibilidad le quitaba al Estado toda potestad y el peso resultaba un puro epifenómeno del dólar) y renunciaba a toda pretensión de soberanía (como lo expresó cabalmente y sin eufemismos la política de relaciones exteriores alineada en el llamado “realismo periférico” de Menem y Di Tella). Las representaciones asociadas al Estado nacional se disolvían.

La crisis del 2001 llevó a la reacción desesperada de un país que vivía el instante de su disolución. Se volvió entonces a apelar a la nación y a incluir a todas las provincias y a todos los grupos sociales, comunidad imaginada sobre sus ruinas mismas. La pretensión sostenida por las asambleas populares de crear una identidad po-

3 Según la expresión de F. Chesnais, *La mondialisation du capitalisme* (Paris, Syros, 1998), difundida entre otros por E. Basualdo.

pular al margen de la dirigencia y de la misma política terminó en fracaso. Como ya lo descubriera Rousseau, el acceso del pueblo al poder nunca es directo, está siempre mediado por la representación política, mecanismo imperfecto e inevitable.

La reactivación económica mostró la voluntad política del Estado como factor de cambio e implicó la posibilidad de que la sociedad volviera a plantearse expectativas de bienestar. A su vez, las negociaciones para superar el *default* permitieron volver a construir una identidad soberana sostenida sobre la oposición a los dictados del FMI. Hubo un cambio en el modo en que la nación se percibió a sí misma en el escenario internacional y exigió ser mirada por los otros. Mientras en los 90, tal como planteó con claridad el ex canciller Di Tella⁴, se pensaba que solo era posible dar pasivamente "señales" amigables a los mercados y a los países con capacidad de decisión para que la Argentina tuviera cabida en el mundo globalizado, la gestión del *default* que culminó en el pago al FMI (cuyas recetas de ajuste estructural vulneraban abiertamente la concepción de nación soberana), permitió recuperar soberanía y voluntad política, y pensarse como sujeto, al margen de la mirada de los otros.

Sin embargo, si bien resulta claro que el kirchnerismo ha tratado de reinstalar aspectos de la concepción de nación que primaba en el período de la industrialización por sustitución de importaciones (la soberanía en las relaciones exteriores, la preocupación por el logro del desarrollo sostenido, aunque, tal vez, sin un Estado empresario, y la justicia social), las transformaciones en la estructura social y económica del país son tales que las demandas se han multiplicado y acentuado su particularismo. A su vez, los mecanismos de ascenso social –el esfuerzo, la educación y el trabajo– han perdido su eficacia como representaciones culturales que unían a las generaciones. No está claro qué sectores lograrán imponer su hegemonía y de qué contenidos se nutrirá el proyecto kirchnerista, en su segunda etapa, durante la gestión a cargo de Cristina Fernández. Pero sin duda los

4 "La nueva Argentina que ha emergido en estos diez últimos años tiene y se siente con una cierta igualdad básica, porque compartimos las mismas estrategias, los mismos valores, la misma visión del mundo que nuestros interlocutores..." Di Tella, Guido: "La política exterior de la Nueva Argentina", en *Actualización política*, año I, N° 5, mayo de 1992, p. 18. No hay posibilidad de ser por sí mismos, sino solo ocupar pasivamente ese lugar donde nos interpelan, el lugar del esclavo.

alineamientos que se produzcan con los gobiernos de América latina jugarán un papel clave en su definición.

Nación y región, ¿una disyuntiva ineludible?

Trataremos ahora la cuestión en el ámbito latinoamericano y los motivos por los cuales esta coyuntura resulta favorable para el surgimiento del tipo de conflictos que analizamos. Más allá de la profundidad inusitada de las transformaciones de la Argentina, el agotamiento del ciclo de reformas neoliberales fue un proceso de alcances amplios en toda América latina. Al comenzar el nuevo milenio, en el marco de una etapa signada por el aprovechamiento de términos del intercambio favorables para los países de la región, surgieron regímenes políticos con articulaciones plurales, cuya legitimidad pasó a fundarse sobre la reafirmación de las soberanías estatales y la búsqueda de distintas formas de inclusión social (como reacción a los efectos del Consenso de Washington en el subcontinente).

En ese contexto volvieron a redefinirse diversas formas de nación. Tal el vez el caso más complejo sea el de la Bolivia de Evo Morales donde la nación se redefine por completo a partir de que "el pueblo", sujeto de la soberanía, incluye a "los pueblos" indígenas (que tal vez solo constituyan una unidad en tanto se oponen al blanco y son marginados por este). La posibilidad de secesión del país andino, a partir de la autonomía de las más ricas provincias del Oriente, deja en suspenso la resolución de este conflicto.

La revolución bolivariana de Chávez en Venezuela generó, por su parte, condiciones para replantear el ideal soberano de la integración de la región; sostenido por la riqueza que proporciona la renta petrolera, Chávez apeló en su discurso a los lugares de la memoria que convocaban, bajo el nombre del libertador, a la unidad de la patria grande latinoamericana en oposición a los EE.UU. Sin embargo, aunque Chávez logró convertirse en el más peligroso enemigo para Estados Unidos en el subcontinente (poniendo en jaque, entre otros aspectos, la ofensiva del ALCA), los conflictos globales y la crisis norteamericana restaron importancia estratégica a América latina en la agenda del país del norte (situación que podría cambiar una administración democrata), y postergaron una confrontación más abierta. Además, a diferencia de lo que pareció ocurrir en los años 70, no es probable que pueda lograr hegemonía una identidad (tal como

intenta plantear Chávez) de esta América latina fusionada en torno de la exclusión de la América del Norte, de modo de incluir, en una cadena equivalencial, a las demandas particulares de la región.

En este nuevo marco de resurgir de las posiciones nacionales, en toda la ambigüedad del término, de Estados que buscan afirmar su fortaleza para ejecutar diversas transformaciones, se resignifican los proyectos de integración regional, como el del MERCOSUR, sobre bases políticas (en oposición a las posturas neoliberales que reforzaban la desregulación y la integración de los mercados como fin principal de la constitución de bloques regionales). Lo paradójico es que estas dos tendencias, la de la reafirmación de las naciones fuertes, que aspiran al desarrollo, y la de la integración regional, no confluyen en armonía sino que generan confrontaciones. Aparecen temas conflictivos como las asimetrías entre los socios del bloque regional, la opción por el regionalismo abierto, la puja por el liderazgo regional, la definición de proyectos prioritarios, etc. Más allá de la decisión de reafirmar la integración regional y de discursos similares de los gobiernos latinoamericanos es poco lo que se ha avanzado en ese aspecto (justamente por la dificultad de definir en términos políticos los objetivos comunes), si se excluye la diferencia que ha introducido la incorporación de Venezuela al MERCOSUR, cuyo presidente ha puesto sobre la mesa su caudal económico para el despegue del bloque. Sin embargo, los términos de los alineamientos no están claros y la prioridad de los gobiernos parece ser la definición de estrategias para el desarrollo del propio país.

Lo que se debate es el modo en que se reconstruye la nación, en tanto comunidad imaginada en el sentido planteado por Andersen, y se piensa su relación con el mundo (en el espacio intersubjetivo, en el juego de mirar y ser mirado se delinear las identidades). Es claro también que las profundas fisuras producidas por las políticas neoliberales transformaron el piso sobre el que se construye una eventual unidad (tanto de las naciones como de la región) y multiplicaron las demandas insatisfechas de los diversos sectores.

El conflicto entre Uruguay y la Argentina, a propósito de la instalación de plantas de producción de pasta de celulosa en Fray Bentos, pareció, por lo menos hasta los primeros seis meses de 2007, poner en cuestión el tema de una integración regional. Muestra hasta qué punto el nosotros de las naciones es una construcción precaria, inestable e histórica que encubre la violencia del origen (Roberto

Esposito⁵ afirma que el núcleo polemológico, de lucha y contienda, sobre el que se construyó Occidente fue el incendio y la devastación de Troya, primer foco europeo representado por lo helénico). En un sentido, con la protesta de los vecinos de Gualeguaychú, el pueblo entrerriano ubicado en la ribera opuesta del río Uruguay, pareció retornar el viejo dilema del federalismo de los orígenes de la nación argentina, cuando “los pueblos” de las provincias se oponían a que “el pueblo” de Buenos Aires se arrogara el derecho exclusivo de la representación política. La puja política que se dio entonces en torno del concepto de “pueblo” (mientras los porteños pretendían asumir, en nombre de un “pueblo” universal, el control de las voluntades de las provincias, las ciudades con su cabildo se reconocían cada una como “pueblo”, con intereses diferenciados, solo unidos frente al predominio de la ciudad-puerto, y se negaban a ser subsumidos en una totalidad que reconocían como ajena, exclusivamente porteña) ha generado estudios historiográficos contemporáneos muy reveladores⁶. En definitiva estas dos posturas van a cristalizar en la confrontación entre dos sistemas políticos: la confederación, posición curiosamente liderada por el héroe oriental Artigas de hondo predicamento en el litoral argentino, sobre todo en la provincia de Entre Ríos, frente a la unidad de régimen (sostenida por los porteños). Mucho de esto pareció retornar en la lucha de Gualeguaychú, ese “micropueblo” (como definió a Gualeguaychú el sociólogo brasileño Helio Jaguaribe minimizando el conflicto⁷) que defendía su modo de vida –sus balnearios frente al río, el turismo, la paz provincial– frente a la construcción de la planta finlandesa de Botnia en la vecina costa uruguaya. La demanda ambientalista de los vecinos, pese a la diversidad de estrategias utilizadas, no logró, por lo menos no hasta el último trimestre del 2007, erigir una cadena equivalencial

5 Roberto Esposito, “Enemigo, extranjero, comunidad” en Manuel Cruz (comp.), *Los filósofos y la política*, Madrid, FCE, 1999.

6 Cfr. por ejemplo, José Carlos Chiaramonte, *Ciudades, provincias, estados: orígenes de la Nación Argentina (1800-1846)*, Buenos Aires, Emecé, 2007.

7 “La posición argentina no tiene sustancia. Es emotiva y, además, un poquito electoralista. No se puede subordinar un asunto tan importante de la política exterior, como la relación entre dos países hermanos, a las demandas históricas de un micropueblo. Eso se ve superado por la racionalidad.” Entrevista a Helio Jaguaribe, *La Nación*, 27/12/2006. Está claro que Brasil no ha pasado nunca por la experiencia histórica del federalismo que sí marcó la historia argentina.

que incluyera a la nación. La protesta de Gualeguaychú, si bien fue escuchada desde el gobierno nacional cuyo presidente afirmó, en mayo de 2006, que “Esta lucha es de toda la Argentina” (y mantuvo esa postura en la etapa final de su mandato), recibió la crítica o la indiferencia de los porteños (de sectores amplios de las clases medias y altas) que cuestionaban la perturbación del orden, juzgaban desproporcionado el conflicto o buscaban el restablecimiento de los pasos fronterizos para veranear sin problemas en el vecino país. Para los uruguayos, en cambio, olvidada ya la historia del federalismo que supo unir a los pueblos en sus orígenes, los asambleístas entrerrianos representaban a esa Argentina extranjera, al coloso investido con toda la soberbia porteña que, como en los tiempos de la gesta artiguista, intentaba doblegar al pequeño “paisito”.

Fundado en esta dicotomía elemental con hondo arraigo en la historia de las Provincias Unidas, para el Uruguay el conflicto potenció la unidad nacional homologando a todo el espectro político. La política bilateral comenzó a verse a través de la lógica schmittiana de la oposición amigo/ enemigo, con efectos sobre la construcción identitaria. Podríamos afirmar, siguiendo a Esposito que, por un lado, se tendió a reproducir la tendencia tradicional de la modernidad en tanto ese enemigo público, externo, extranjero, heredero del *xenos* griego, devino “la categoría opositiva necesaria para la construcción de la identidad”. Al marcar un afuera, se podía definir lo interno, como exclusión que nos recorta frente a los otros. En un momento el conflicto con la Argentina constituyó para el Uruguay un límite que favorecía la autoidentificación de un nosotros, a partir de una relación con el otro que forma parte de un mismo mundo. Sin embargo, los alcances de esta construcción se vieron desdibujados en la medida en que la Argentina no ofreció una frontera sólida al rechazar el tratamiento del problema en similares términos. En todo momento el presidente Kirchner intentó reducir la beligerancia del discurso, aludió a la solidaridad entre los pueblos y a la necesidad de tratar de circunscribir el conflicto. La demanda ante la Corte de Justicia de La Haya por la violación del Estatuto del Río Uruguay, elevada en mayo de 2006 por el gobierno argentino, sometió la decisión a un tercero prestigioso en el escenario internacional y mantuvo al MERCOSUR alejado de la cuestión; a su vez, la espera de la instancia decisoria creó un horizonte de expectativa que contribuyó a atemperar provisionalmente las tensiones (a nivel de las

relaciones bilaterales y, en el ámbito de la Argentina, entre Poder Ejecutivo Nacional y municipios y comunidades locales).

El enemigo que permitió alinear circunstancialmente a la sociedad uruguaya, más allá de las diferencias políticas no fue, por lo menos durante los primeros cuatro meses del año 2007, el pueblo de Gualaguaychú sino la Argentina, y por extensión, los socios grandes del MERCOSUR que negaban a los socios menores la posibilidad del desarrollo. La cadena equivalencial que generó la defensa de Botnia tuvo la virtud de habilitar el consenso para modificar la estrategia tradicional del partido gobernante. Las denunciadas asimetrías en el bloque regional fueron la ocasión a su vez para reclamar un regionalismo abierto, y el derecho del país oriental para negociar acuerdos bilaterales por fuera del MERCOSUR.

El Acuerdo Marco de Comercio e Inversiones (TIFA), firmado a fines de enero de 2007, entre Uruguay y EE.UU., anticipó, cuando el conflicto por las pasteras estaba comenzando a tornarse crítico, el nuevo rumbo que estaba tomando la coalición izquierdista del Frente Amplio. El artífice del acuerdo, el ministro de Economía y Finanzas Danilo Astori, afirmó que el TIFA materializaba “la búsqueda de mejores posibilidades de inversión y comercio para darle mejor trabajo a nuestra gente”⁸. El ministro minimizó el disenso en el interior del Frente Amplio: “El primer objetivo (del gobierno) es incrementar el comercio y la posibilidad de inversión para el país, de eso no tengo la menor duda. En cuanto a la firma del Acuerdo Marco, el día que el presidente de la República lo propuso, en el mes de octubre, no hubo ni una sola voz en contra”⁹. Si bien el Plenario Nacional del Frente Amplio en 2006 se había opuesto a la suscripción de un tratado del tipo ALCA con EE.UU., al año siguiente hubo aceptación del Acuerdo Marco, aunque las agrupaciones integrantes señalaron, ante la Mesa Política Nacional del Frente Amplio, límites a sus alcances: se trataría de un “un ámbito de intercambio y no de negociación ni de decisión”¹⁰. Consciente de las dificultades que conllevaba modificar alineamientos históricos de la izquierda uruguaya y de las fisuras en el interior de la coalición, Astori y el representante adjunto de Comercio de Estados Unidos, John Veroneau, hablaron de ir “paso

8 *La República*, 26 de enero de 2007, AÑO 9, N° 2442.

9 *Ibidem*.

10 Documento de Espacio 609-MPP, en *Ibidem*.



a paso" y dejar "que se seque la tinta del acuerdo firmado" antes de pensar en otro. Sin embargo Veroneau resumió el eje de la nueva estrategia: "Este TIFA es de gran importancia, porque representa la necesidad de las economías de mirar hacia afuera y no hacia adentro, de ser abiertas y no cerradas", dijo.

El clímax de la situación resultante de estos nuevos alineamientos, potenciados por el conflicto en torno de las pasteras, se manifestó en el recibimiento brindado por el mandatario uruguayo, líder de la coalición de izquierda, al presidente de EE.UU. George Bush, el 10 de marzo de 2007, en medio de manifestaciones antinorteamericanas. Tabaré Vázquez abogó entonces por un MERCOSUR abierto y flexible. Mientras esto ocurría, en Buenos Aires, sobre la otra ribera del Río de la Plata, el presidente venezolano Hugo Chávez estallaba, durante un acto multitudinario autorizado por Kirchner, en críticas a la política del país del norte. Sin embargo, esta unidad nacional que el Uruguay definía a partir de la frontera con el vecino tan parecido y apenas más grande, devenido circunstancial enemigo externo, produjo construcciones con efectos contrapuestos: si bien aunaba a los orientales (más allá de su partido) opuestos a la Argentina y a un MERCOSUR controlado por los socios grandes, ese lazo equivalencial tan extenso vaciaba de contenidos ideológicos el nombre de la nación y debilitaba la posición del Frente Amplio, cuyo proyecto había logrado el necesario consenso para acceder al poder. Los intereses de la nación ya no eran los del "pueblo" construido por el Frente Amplio que remitía a las mayorías castigadas por las reformas neoliberales. A su vez, todo este despliegue nacional tenía lugar en un momento particularmente rico en el que los gobiernos latinoamericanos, respaldados por una coyuntura económica favorable y alentados por el liderazgo de Venezuela, parecían confluír en la diferencia y oposición a la política norteamericana en la región (que se asociaba a los efectos del Consenso de Washington). Si se lograba aunar a la nación más allá de las ideologías y los proyectos políticos, lo era al costo de disolver las demandas sostenidas por el Frente Amplio (que ahora coincidían con las de los partidos liberales). Se deterioraban así los lazos de integración latinoamericana, que habían sido bandera de la izquierda uruguaya a lo largo de arduas luchas, mientras se afirmaba un nacionalismo sostenido sobre valores tradicionales. Los asambleístas entrerrianos que cortaban las rutas fueron calificados con el despectivo nombre de "piqueteros", transgresores de la ley y

el orden, y Tabaré Vázquez, en un patético intento por mostrar a su país como víctima del acoso de un “fuerte”, se animó a comparar el bloqueo de las rutas con el bloqueo de EE.UU. a Cuba.

Sin embargo, aun cuando asomaran tibias críticas en el interior de las agrupaciones que integran el Frente Amplio ante la actitud de Tabaré Vázquez, la confrontación demostraba también en Uruguay cierto giro ideológico, fruto de la exclusión social resultante del ciclo neoliberal, en la construcción de esa comunidad imaginada, de ese pueblo que asume la representación de la nación (siempre una parte que busca ser reconocida como totalidad). El partido gobernante insistía en la necesidad de cambiar de rumbo, de buscar insertarse en el mundo, evolucionando ante las nuevas realidades que este ofrece. Si bien Uruguay quiere “más y mejor MERCOSUR”¹¹, no se encuentra satisfecho con la marcha del proceso de integración y reclama imponerle su propio ritmo. Brasil, y no Argentina, es visto, por su estructura industrial desarrollada, sus mejores lazos con EE.UU. y su proyección mundial, como el país al que hay que seducir y el modelo al cual aspirar. Más allá del conflicto de las pasteras, el interés por fortalecer la alianza con Brasil, consolidada a partir de la visita de Lula da Silva a Montevideo en marzo de 2007, no se vincula mayormente con el fortalecimiento del MERCOSUR (aunque el mandatario brasileño se comprometió a resolver las asimetrías en el bloque) sino con los intereses nacionales. El ministro José “Pepe” Mujica, ex dirigente tupamaro, actual Ministro de Agricultura, Ganadería y Pesca, y el más popular personaje político de su país, afirmó entonces: “Hoy, ante la visita de Presidente Lula, lo que nosotros le queremos transmitir a la opinión pública es que tenemos que insistir con el señor Presidente de Brasil a ver si logramos voluntad política para que Petrobras –esa gigantesca empresa– sea portadora del paquete tecnológico y de inversión para dedicarnos en el Uruguay a trabajar en gran forma en la producción de biodiesel”¹². No hay esbozos de políticas conjuntas; se busca atraer inversiones brasileñas al territorio uruguayo, e integrarse a la producción de biodiesel, un tema que presupone connotaciones claras en cuanto a las alianzas deseables

11 Discurso de Tabaré Vázquez, presidente del Uruguay, 29/06/07.

12 José Mujica, “De lo que se habló con Lula”, en *Participando. Publicación oficial del Movimiento de Participación Popular*, Quinta época, N° 94, Montevideo, marzo de 2007, p. 3.

y constituye uno de los puntos polémicos del MERCOSUR.

Con respecto a la cuestión de la pastera Botnia, un artículo de la publicación oficial del MPP (Movimiento de Participación Popular), integrante del Frente Amplio, liderado por el ministro Mujica, afirma en concordancia con los planeos del sector: "Tengo la plena convicción de que la plantación de eucaliptos en una zona afecta el medio ambiente y su fauna. Es decir, trae cambios [...] se trata de ver la dimensión de esos cambios [...] Se trata de ver si se puede ofrecer una cantidad de territorio para obtener ganancias [...] Que la gran parte de la ganancia se la lleva Botnia... y sí, es real, ellos se la llevan [...] pero, como se dice, es lo que hay valor, y nos quedamos con una pequeña parte, algo de fuente de trabajo y un movimiento económico en los alrededores de dicha fábrica. [...] En definitiva, papel se necesita en el mundo y si se pueden colocar las empresas en países cuya mano de obra sea barata y que las repercusiones sociales y ambientalistas no afecten al país madre, mucho mejor. Pues bien, no tenemos petróleo, ni minerales valiosos, es lo que podemos ofrecer; si bien no es lo mejor, lo ideal, es lo que hay valor..."¹³ No hay argumentos fuertes, salvo el énfasis en la necesidad de que Uruguay se adapte a los cambios de la modernización. Si bien se reconocen los intereses de las empresas transnacionales, se las ve como el medio para resolver el problema del desempleo; el pragmatismo se mezcla con la resignación.

Las agrupaciones sindicales, identificadas con el MPP, también se hacen eco del fervor nacionalista que generó el conflicto de las papeleras, poniendo el acento en el perjuicio que los cortes de ruta producían en la actividad económica. Como en una guerra, aquel que frecuente al "enemigo público" es considerado "traidor a la patria" y merece ser denunciado: "...en estos días nos enteramos de que un integrante de la directiva en representación de nuestro sindicato, viajó a Gualeguaychú para apoyar la guerra no declarada contra Uruguay"¹⁴. Los asambleístas argentinos son calificados, en una clara dicotomía que los coloca ineludiblemente en el lado opuesto, como "agresores de la soberanía y el trabajo nacional".

La demanda de fuentes de trabajo adviene hegemónica y subvierte

13 Jorge Fuentes, "Algunas ideas acerca de las papeleras" en *Participando. Publicación oficial del Movimiento de Participación Popular*, op. cit., p. 8.

14 Agrupación sindical 27 de setiembre del INAU, en *ibídem*, p. 11.

las categorías de la nación soberana. En tanto la inversión extranjera se concibe como la más inmediata solución al flagelo de la desocupación, su promoción se convierte en prioritaria. No importa el tipo de trabajo que se genere, ni tampoco si existen otras alternativas viables al problema.

Algunas reflexiones finales

El caso de la instalación de la pastera Botnia en Uruguay –según afirman numerosos estudios, no solo no brinda demasiados puestos de trabajo permanentes, sino que, con las tierras dedicadas al monocultivo de eucaliptos, desplaza a otras actividades más mano de obra intensivas– no es un ejemplo aislado. La misma problemática se da a propósito de la producción minera a cargo de firmas transnacionales que lesionan abiertamente el medio ambiente en las provincias argentinas de San Juan o Catamarca, o con la elaboración de pasta de celulosa en territorio argentino. Los perjuicios que genera este tipo de explotación son minimizados, en nombre del bienestar inmediato, y muchas veces la voluntad de las firmas transnacionales, a las que se les reconoce el enorme poder de dar o quitar trabajo, vulnera la potestad soberana de los Estados. Desde una concepción puramente técnica, que reniega de su dimensión política, se concibe a la inversión extranjera, sin evaluar sus características ni intereses particulares, como generadora de puestos laborales. Palabras como “tecnología”, “cambio”, “inversión”, “modernización” adquieren *per se* connotaciones axiológicamente positivas que las convierten en las llaves para el acceso al bienestar del conjunto, impidiendo cualquier reflexión crítica.

En esa dimensión la integración regional adquiere otro perfil de confrontación: la competencia de las naciones por captar las inversiones a través de regímenes de excepción, o la opción por acuerdos bilaterales que debilitan la voluntad política del bloque. El imperativo de la modernización de los Estados, que se concibe como una opción despolitizada y aséptica, mera adaptación pasiva ante los nuevos tiempos, puede llegar a ser una vez más, como lo fue en los noventa, el nombre de un retorno consensuado a las políticas neoliberales.

Los modelos neoliberales de los noventa redujeron el papel de los Estados y aceleraron la marginación y la pobreza de regiones y

mayorías, a la vez que mostraron el enriquecimiento de las minorías y el avance de la corrupción. Su agotamiento dejó al descubierto las fisuras en el interior de las naciones y la multiplicación de las demandas insatisfechas. ¿Es posible una integración regional en estas condiciones? Creemos que sí. Si la inestabilidad de las identidades populares no es resultado de la imprecisión de los movimientos o de la vaguedad de sus símbolos, sino que esto es constitutivo de la lógica política, será preciso atender a los modos que asumen esas articulaciones plurales. A su vez, las construcciones discursivas de un “nosotros” pueden afirmarse en la diferencia frente al otro, con quien se comparten fronteras o espacios comunes, o, en cambio, superar los estrechos límites nacionales en función de un proyecto de desarrollo integral de la región.

La opción por una política de regionalismo abierto –idea ambigua, surgida de la propuesta de la CEPAL de 1994¹⁵, que piensa la integración regional en términos exclusivamente comerciales, de acuerdo con la regulación del mercado– podría generar la constante competencia entre los países miembros del bloque, multiplicando las diferencias y exacerbando los nacionalismos entre socios más o menos empobrecidos. Entonces, la política volvería a pensarse en los estrechos límites del Estado-nación, siguiendo la lógica schmittiana del amigo/enemigo, donde la palabra no intenta poner freno a la pulsión de muerte, y sería imposible definir políticas comunes para el bloque regional.

Tal vez hoy la estrategia del capital transnacional ya no requiera constituir bloques amplios, como en los noventa, para la radicación de las grandes empresas, sino solo fragmentar las resistencias de las regiones y evitar la conformación de identidades plurales, capaces de hacer confluír las demandas particulares.

15 Según la CEPAL, el objetivo del “regionalismo abierto” es “conciliar” por un lado la “interdependencia” nacida de acuerdos comerciales preferenciales y por el otro la interdependencia “impulsada básicamente por las señales del mercado resultantes de la liberalización comercial en general”, donde las “políticas explícitas de integración sean compatibles con las políticas tendientes a elevar la competitividad internacional y que las complementen”. Tomado de Eduardo Gudynas, “El ‘regionalismo abierto’ de la CEPAL: insuficiente y confuso”. Programa de las Américas (Silver City, NM: International Relations Center, 28/9/2005). <http://www.ircamericas.org/esp/amesp/838>, que esboza una reseña sobre los límites difusos de esta propuesta y uso como justificativo de diversas políticas.

Bibliografía

- Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Chiamonte, José Carlos, *Ciudades, provincias, estados: orígenes de la Nación Argentina (1800-1846)*, Buenos Aires, Emecé, 2007.
- Di Tella, Guido, "La política exterior de la Nueva Argentina", en *Actualización política*, año I, N° 5, mayo, 1992, pp. 12-22.
- Diarios *La República* (ROU); *La Nación* (Argentina).
- Esposito, Roberto, "Enemigo, extranjero, comunidad" en Manuel Cruz (comp.), *Los filósofos y la política*, Madrid, FCE, 1999.
- Foucault, Michel. *Microfísica del Poder*. Madrid, La Piqueta, 1992.
- Gudynas, Eduardo, "El 'regionalismo abierto' de la CEPAL: insuficiente y confuso", Programa de las Américas (Silver City, NM: International Relations Center, 28/9/2005).
- Laclau, Ernesto, *Emancipación y diferencia*, Buenos Aires, Ariel, 1996.
- Laclau, Ernesto, *La razón populista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005.
- Participando. Publicación oficial del Movimiento de Participación Popular*, Quinta época, N° 94, Montevideo, marzo de 2007.
- Schmitt, Carl, "Teología política", en Héctor Orestes Aguilar (comp.), *Carl Schmitt, teólogo de la política*, México, Fondo de Cultura Económica, 2001.